
Buenas personas como somos ser, hemos gastado abundante saliva y papel en declarar que escribimos para el pueblo. Esa aclaración en nuestros países ya habla por nuestra ubicación clasista. Realmente, en los hechos ¿hemos escrito para los indios de Guatemala, Perú o Bolivia? ¿Para los obreros y los desocupados de México, Buenos Aires? Es más: ¿habríamos podido, podemos hacerlo?

Roque Dalton

El papel aguanta todo.

Informe sobre la situación actual y algunas posibilidades de la difusión escrita del conocimiento antropológico en México

Esteban Krotz

El objetivo de este breve ensayo¹ es la presentación panorámica del estado que guarda la difusión del conocimiento antropológico² en México en

¹ Se trata de la versión ligeramente modificada de una ponencia presentada en el "Segundo encuentro sobre la práctica profesional de la etnología y la antropología social en México", organizado por el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C. (El Colegio de México, 1980). En la mesa dedicada a la difusión del conocimiento antropológico en México, se presentaron, además, las siguientes ponencias: "Difusión de la antropología en los museos" (Lina Odena), "Breve reflexión sobre antropología visual" (Scott Robinson); Guillermo Bonfil y Eduardo Maldonado fueron los comentaristas. Aunque el contenido del presente trabajo se refiere específicamente a la antropología en México, es probable que pueda relacionarse también con la situación de otras ramas de las ciencias sociales.

² "Antropología" es utilizado, en lo que sigue, como término que engloba lo que se suele denominar antropología social, antropología cultural, etnología y etnohistoria.

cuanto que ésta se realiza bajo la forma de artículos en diferentes órganos de publicación. No pretende ser un diagnóstico elaborado, ya que para ello hubiera sido necesaria una investigación bastante más amplia. Tampoco, sin embargo, se trata de una serie de enunciados inconexos. Más bien se trata del esbozo de una determinada visión del estado de las cosas, algunas de sus causas e implicaciones y, finalmente, la proposición de diversas estrategias para su modificación. A pesar del repetido señalamiento de ejemplos concretos se trata de apreciaciones un tanto generales (además de tentativas), de modo que muchos casos específicos no se encontrarán representados.

El trabajo tiene tres apartados y un epílogo. En el primer apartado se tratan dos preguntas cruciales para la temática del ensayo y se proponen dos aclaraciones definitorias meramente operacionales. En el siguiente apartado se resumen los rasgos generales de la situación actual de la difusión del conocimiento antropológico en México que parecen ser los más relevantes y los más urgidos de una discusión. El tercer apartado, finalmente, tiene un objetivo doble: proponer algunas respuestas a esta situación y esbozar algunas de sus implicaciones para la praxis de la investigación antropológica y el proceso de formación de los profesionales en ciencias antropológicas.

I. Conocimiento antropológico y público lector: dos aclaraciones previas

Para poder tratar de manera fructífera la temática de este ensayo debe hacerse un esfuerzo para aclarar, en una primera aproximación al menos, dos interrogantes cruciales: 1.) ¿Qué es este “conocimiento antropológico” que se está difundiendo o que debe

difundirse en forma de estudios, comentarios, reseñas, etc.? 2.) ¿Quiénes son o podrían ser los lectores de estas elaboraciones escritas e impresas?

1.) ¿Qué es el conocimiento antropológico que forma el contenido de la difusión?

Las posibles contestaciones al respecto pueden resumirse en dos respuestas generales que no necesariamente están reñidas entre sí y que señalan ante todo que:

- a) se trata de difundir *resultados* de investigaciones antropológicas sobre la realidad socio-antropológica del país;
- b) se trata de difundir *proposiciones prácticas* que parten de los resultados de estas investigaciones y que tienen por objeto contribuir a la solución de problemas que —así se supone— precisamente las originaron.

En ambos casos, difundir significa: describir, comentar, proponer, interpretar, explicar, refutar, apoyar —en una palabra: discutir. Sin embargo, dada la situación auténticamente “preparadigmática” de las ciencias antropológicas (borrosidad de los límites del campo, distorsión de la argumentación por la dinámica propia de los intentos de convencimiento, falta de consenso amplio sobre casi todos los puntos centrales de la disciplina y los demás rasgos que tan ampliamente señala Kuhn)³ parece bastante probable que un buen número de lectores

³ Véase, ante todo, su caracterización de esta fase en su libro *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México 1971. Para un intento de relacionar estas características con la situación de la antropología véase E. Krotz, “¿Ciencia normal o revolución científica?”, *Relaciones*, vol. 2 (1981), No. 5, pp. 63-97.

no-antropólogos podrá comprender literatura antropológica pero tendrá ciertas dificultades para reproducir el proceso de conocimiento con cuyo resultado se ve confrontado.

Esto lleva a la siguiente pregunta:

2.) *¿Quiénes son los lectores?*

El público lector a quien es destinada la difusión del conocimiento antropológico puede dividirse, a grandes rasgos, en cuatro sectores que, al mismo tiempo, representan niveles de conocimiento:

- a) Los antropólogos mismos (profesionales tanto como estudiantes) así como, según la temática concreta, especialistas de otras ramas de las ciencias sociales y humanas que estudian esta temática socio-antropológica específica;
- b) el sector intelectual-académico-profesional de la población que tiene el hábito de leer publicaciones científicas y revistas interdisciplinarias, revistas universitarias de temática amplia, etc. y profesionales de diversas especialidades involucrados (o interesados) en determinados problemas sociales del país y su solución (aquí entrarían también, en dado caso, funcionarios y políticos);
- c) el sector de la población nacional que no o ya no tiene este tipo de hábitos, pero que suele leer periódicos y, de vez en cuando, una que otra revista (normalmente revistas de actualidades, de temáticas amplias, suplementos culturales, etc.);
- d) finalmente hay un sector de la población, evidentemente el mayoritario, que no forma parte del público lector: analfabetas y analfabetas funcionales, lectores exclusivos

de fotonovelas y de "el libro rojo" semanal. Sin embargo, hay que hacer referencia a este sector precisamente aquí, porque se le menciona en discusiones sobre otros canales de difusión, porque presenta los rasgos culturales más distantes de los de la mayoría de los antropólogos y porque ha constituido, paradójicamente, el objeto de estudio principal por parte de la antropología mexicana: grupos indígenas, sociedades campesinas, poblaciones urbanas "marginadas", etc.

Estos son —o podrían ser— los sectores de la población que reciben —con diferentes grados de intensidad— el "impacto" de la difusión del conocimiento antropológico. Dado que la problemática de la producción y difusión de tesis, de libros y de anuarios, productos que por su tamaño, su relativa complejidad y su precio parecen estar destinados principalmente al reducido grupo de especialistas, constituye una problemática aparte, en lo que sigue se consideran solamente los escritos de antropólogos (estudios, comentarios, reseñas) que aparecen en: publicaciones que tienen una periodicidad más o menos regular (revistas) o bastante más irregular (publicaciones del tipo "cuadernos de trabajo").

II. La situación actual de la difusión escrita: rasgos característicos

Las principales preguntas que guían este apartado son las siguientes: ¿Quién difunde? ¿Qué es lo que se escribe? ¿Cuáles son los canales de difusión existentes? Pero, a partir de estas preguntas también: ¿Qué indica todo esto acerca del proceso de generación del conocimiento antropológico? Y,

finalmente, ¿cómo puede caracterizarse este proceso de difusión mismo?

1.) Los canales de difusión

En los últimos años, el número de canales de difusión (en el sentido antes especificado) del conocimiento antropológico ha aumentado considerablemente y es obvio, además, que hay muchos canales todavía no aprovechados. Así, para hablar primero de la capital donde, fiel a las pautas generales del desarrollo nacional, se concentra el mayor número de antropólogos, instituciones antropológicas y órganos de difusión respectivos: aquí se edita el mayor número de revistas específicamente dedicadas a la discusión antropológica. Se cuenta con *América Indígena* (Instituto Indigenista Interamericano), *Nueva Antropología*, Cuicuilco (Escuela Nacional de Antropología e Historia), *Boletín de Antropología Americana* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia).⁴ En segundo lugar se tiene una serie de revistas de análisis científico de la problemática social, política y económica, en las que con cierta regularidad se publican colaboraciones de antropólogos; son revistas tales como la *Revista Mexicana de Sociología*, *Cuadernos agrarios*, *Fem o Cuadernos políticos*. (Habría que mencionar aquí también a aquellas que sólo ocasionalmente, pero, al parecer, no por falta de voluntad, publican trabajos antropológicos, tales como *Comercio exterior*, la *Revista*

⁴ En cierta medida habría que considerar aquí también a publicaciones como *México Indígena*, *Estudios Indígenas* o *Práctica* y otras semejantes con menor grado de elaboración, que contienen, a veces, estudios interesantes pero cuya circulación las hace parecidas a "boletines internos" de las instituciones editoras respectivas.

mexicana de ciencias políticas y sociales, *Estudios políticos*, *Historia y sociedad*). Finalmente existe una serie de revistas de contenido más amplio (a veces de tipo claramente interdisciplinario, a veces de tipo más "humanista"), donde a menudo se encuentran colaboraciones de antropólogos; entre ellas pueden mencionarse *Nexos*, *Iztapalapa*, *Estudios del Tercer Mundo*.

En la provincia mexicana —tomándola en este momento como un conjunto— se tiene una situación algo semejante. En cuanto a las revistas específicamente dedicadas al análisis antropológico, existe actualmente sólo el *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán* (Mérida, Yuc.).⁵ Entre las revistas de análisis social más amplio, en las que regularmente colaboran antropólogos, están *Yucatán: Historia y Economía* (Universidad de Yucatán, Mérida, Yuc.) y *Relaciones* (El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich.). Y también existe una serie de revistas de contenido generalmente más amplio o de tipo interdisciplinario en las que a menudo se encuentran trabajos de antropólogos; dada la situación editorial en provincia, normalmente se trata de revistas universitarias tales como *Crítica* (Puebla), *Cátedra* (Monterrey) y la *Revista de la Universidad de Yucatán* (Mérida).⁶

⁵ De los *Cuadernos Antropológicos* (Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, Jalapa, Ver.) han aparecido, hasta la fecha, solamente dos números.

⁶ En todas las categorías señaladas pueden indicarse publicaciones que recientemente han dejado de existir, muchas veces después de un período de vida relativamente corto; entre ellas están *Antropología y marxismo* (D.F.), *Comunidad* (Universidad Iberoamericana), los mencionados *Cuadernos Antropológicos* (Jalapa) y *Controversia* (Guadalajara). Finalmente hay que señalar el caso muy especial

En todos los casos indicados llama la atención la presencia de dos rasgos comunes:

- a) en su gran mayoría, estas revistas son patrocinadas, de una manera u otra, por instituciones de tipo académico;
- b) su circulación es —tal vez por esta misma razón— bastante restringida.

Varias de las instituciones académicas, donde laboran antropólogos, editan series de publicaciones de periodicidad irregular cuyo contenido y nivel de elaboración las asemeja más al contenido de una revista que de un libro. Estas series son, a veces, de contenido exclusivamente antropológico, a veces no. Entre ellas pueden mencionarse los *Cuadernos de Trabajo* del Departamento de Etnología y Antropología Social del INAH, los *Cuadernos de la Casa Chata* del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, los *Cuadernos del CES* de El Colegio de México, los *Cuadernos de Investigación* de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y los *Reportes de Investigación* de las divisiones de ciencias sociales y humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana. En lo que a la provincia se refiere, se conocen únicamente los *Cuadernos de los Centros Regionales* del INAH y la breve serie de estudios antropológicos editada por la Universidad de Yucatán. La circulación de este tipo de publicaciones es más restringida todavía que la de las revistas anteriormente mencionadas.

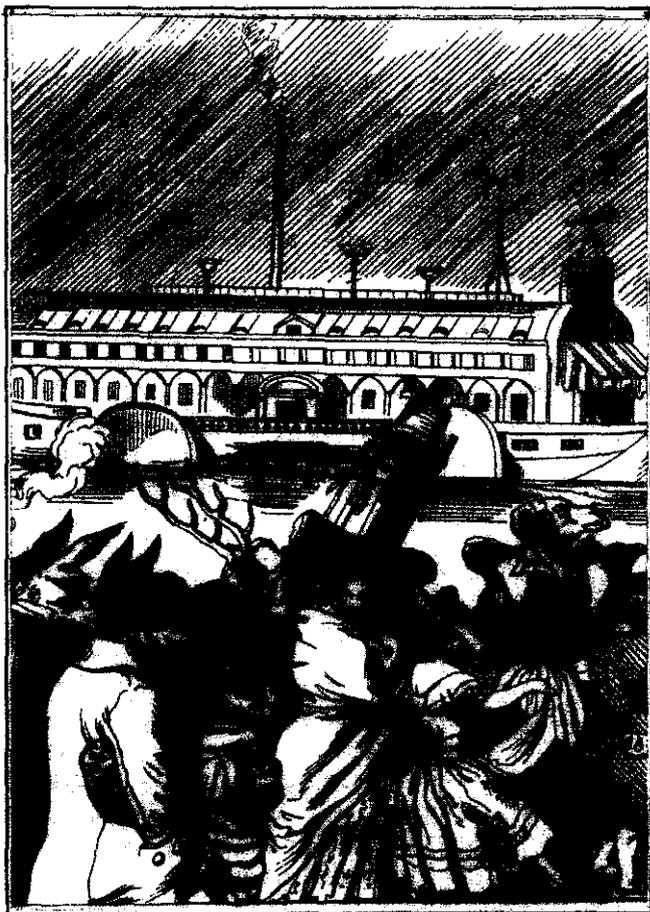
de la revista *Guchachi' reza*, editada primero por la Casa de la Cultura de Juchitán, Oax. y ahora por el ayuntamiento de esta localidad, que constituye, además, un interesante experimento de comunicación intercultural y regional. Hasta donde se tiene conocimiento, sin embargo, en esta revista no colaboran antropólogos profesionales (para una breve reseña de esta revista ver *Nexos* No. 41, mayo 1981, pp. 57-58.

Además de estos canales de difusión existe —en la capital como en provincia— un conjunto de órganos de difusión cuyo inventario es difícil de realizar, ya que las colaboraciones antropológicas son de carácter mucho más ocasional y varían considerablemente en cuanto a temática, forma, grado de elaboración y extensión. Se trata de artículos de información (a veces también de opinión), reseñas bibliográficas, notas de investigación y hasta entrevistas en revistas de actualidades, periódicos, suplementos culturales tanto de cobertura nacional como regional. Estos canales de difusión son de tipo comercial, su circulación es relativamente amplia, al igual que su público lector, pero el nivel de elaboración no necesariamente tiene que ser inferior al de estudios que aparecen en las publicaciones antes mencionadas.

Esto lleva al siguiente punto.

2.) *Contenidos y lectores*

Al comparar los contenidos de las contribuciones antropológicas en las publicaciones mencionadas, se encuentra que no puede establecerse una división clara entre lo que aparece en revistas “especializadas en antropología”, revistas de estudios sociales en un sentido más amplio y publicaciones de tipo periodístico. En cualquiera de estos medios de difusión se encuentran artículos con el aspecto habitual de trabajos propiamente científicos (definición de conceptos, discusión teórica, aparato crítico, etc.) así como artículos de carácter de divulgación de ideas (estilo coloquial, escaso énfasis comparativo y teórico, rigor formal reducido, etc.). Parece que cuando el lenguaje usado —no necesariamente el problema estudiado— es más específico o formalizado (por ejemplo, análisis con elementos mate-



máticos o lingüísticos), éste se suele encontrar con más probabilidad en una revista especializada o en antropología o en la temática tratada; pero aún así se le puede hallar al lado de otra contribución meramente descriptiva o elaborada en términos del habla común. Esta permeabilidad de los medios de difusión la comprueba el hecho repetido en revistas especializadas (y hasta en libros) y, antes o después,

con pocas modificaciones, en periódicos. En lo que al tipo de contenido se refiere, prácticamente todas estas publicaciones, al igual que las series mencionadas, suelen presentar, más que nada, resultados de investigación empírica⁷ y solamente un número muy reducido se dedica a la discusión teórica abstracta. Es muy difícil encontrar contribuciones que se refieren al segundo tipo de contenido mencionado en la introducción: la presentación de proposiciones prácticas.

En lo que al radio de difusión se refiere, es obvio que, por las características indicadas, los antropólogos mismos serían el público lector principal para todas estas publicaciones, mientras que los lectores del segundo y tercer nivel, a su vez, podrían comprender casi toda esta literatura también (en caso de que se interesaran por ella). Por cierto que ésta parece ser nuevamente una de las características típicas de una fase preparadigmática que la disciplina está atravesando: la reducida formalización y especialización del lenguaje, la cercanía de la problemática tratada (y, a veces, hasta de la forma de presentación) con la temática de periodistas y editorialistas, etc.⁸ Aún así, sin embargo, la difusión del conocimiento antropológico en México parece ser más bien un potencial que una realidad. El reducido interés del comercio organizado por

⁷ Esto incluye las reseñas bibliográficas, ya que representan resultados de investigación, aunque en forma indirecta.

⁸ Véase nuevamente la obra citada de Kuhn (nota 1) y compárese esta situación con la clara diferenciación existente en algunas ciencias naturales en México que analizan L. Rodríguez Sala y otros (*El científico en México: la comunicación y difusión de la actividad científica*, UNAM-IIS, México 1980).

estas publicaciones, el limitado conocimiento incluso de los mismos antropólogos de la literatura antropológica nacional y la conformación de "capillas" al interior de la comunidad antropológica parecen propiciar, además, una *distribución grupal* de esta literatura. Para decirlo con otras palabras: aunque pueda existir una cierta relación *de hecho* entre diversos sectores del público lector y un cierto tipo de órgano de difusión, esta posible relación se refleja muy poco en el tipo de literatura antropológica publicada en las revistas (y esto vale, con modificaciones, también para los demás medios de difusión).

3.) La Naturaleza del proceso de difusión

El conocimiento antropológico difundido a través de los canales mencionados aparece como *producto derivado y secundario*. Esto es más claro en el caso de los llamados "cuadernos de trabajo" que, a menudo, pretenden tener calidad intermedia de elaboración,⁹ pero vale, en términos generales, también para los artículos en revistas y periódicos, ya que con pocas excepciones, es difícil imaginarse que una investigación antropológica, que suele ser larga y costosa, se emprenda y se financie para que de ella resulte solamente un artículo preliminar o aislado.

Otra característica de este proceso consiste en que estos productos de la investigación antropológica tienen un "período de vida medio" bastan-

te reducido. Para ello se conjugan los sistemas de distribución de revistas, etc., bastante deficientes de las instituciones académicas en México, la casi inexistencia de hemerotecas en el país, la poca costumbre de librerías de almacenar y vender revistas atrasadas, el desarrollo insuficiente de los sistemas de correo y de pago a distancia. Todo ello tiene como resultado que solamente con esfuerzos considerables es posible para un lector o interesado obtener un conocimiento sistemático y más o menos comprehensivo del conocimiento antropológico generado en México y difundido a través de estos medios.

Dado el desconocimiento general del público que consumirá su producto, el antropólogo tiene solamente dos estrategias posibles. La primera consiste en que simplemente "lanza" su producto al mercado y lo abandona allí. A partir de este momento sólo formará parte de su *curriculum*. En este caso, al parecer bastante frecuente, la difusión es lo que dice su nombre: un *proceso unidireccional, sin retroalimentación y sin destinatario concreto*. La posible alternativa consiste en convertir el trabajo escrito en producto de consumo obligatorio para quienes son, por otras razones, público cautivo del autor: los estudiantes de un profesor y, en menor grado, grupos de colegas o asistentes a congresos y *simposia*.¹⁰ Estos autores sí pueden integrar su producto a circuitos de retroalimentación (relativamente limitados, por cierto) que benefician la elaboración de productos posteriores. Obviamente, toda esta situación es muy congruente con el hecho

⁹ Calidad intermedia: o para el mismo autor que seguirá trabajando este material para una publicación posterior y más acabada o para otros investigadores que pueden aprovechar estos materiales preliminares para su propio trabajo. En relativamente pocos casos, sin embargo, se llegan a conocer las versiones definitivas respectivas.

¹⁰ Una situación un poco diferente sería la de revistas con un marcado enfoque regional (y una distribución correspondiente). Parece, sin embargo, que aquí se trata, nuevamente, más de un potencial que de una realidad.

señalado acerca de los patrocinadores de estas publicaciones.

Una última característica común de estos procesos de difusión parece ser la falta generalizada de contextualización —teórica, empírica, coyuntural— del producto escrito mismo y de los orígenes de la investigación de la cual es resultado y/o de los intereses científicos, académicos o profesionales del autor. Esto no se refiere, claro está, a las afirmaciones rituales sobre la importancia del tema por tratar sino a la justificación de la investigación (y, por consiguiente, de la publicación) en términos de la discusión paradigmática corriente, las necesidades del país o de una parte de su población, la dinámica interna de la institución patrocinadora o los intereses particulares del autor-investigador. Se refiere, en cambio, a las indicaciones pertinentes que impedirían ver en un escrito antropológico un fragmento aislado y cerrado en sí mismo de conocimiento.

De esta manera quiere apuntarse una doble paradoja: se está, generalmente, ante una producción orientada principalmente por los intereses individuales de los autores pero éstos no suelen dar cuenta de estos intereses. Y luego: se está ante una producción casi casual (en cuanto a temática, niveles de elaboración, público lector y órgano de difusión) pero sus autores suelen tener relaciones laborales prolongadas en determinado tipo de instituciones. . .

4.) *Resumen*

En caso de que todo lo anterior sea realmente cierto —juicio que puede ser solamente el resultado de una detallada investigación empírica— se tiene que la difusión del conocimiento antropológico en México es profundamente congruente con la organización

de la producción científica y la coyuntura cognoscitiva: una antropología en una fase preparadigmática, por una parte, y, por otra, dominada en su producción por los centros académicos de docencia y de investigación (de un nivel científico relativamente modesto y con poca comunicación entre sí) y una ausencia casi total de investigaciones antropológicas realizadas en instituciones no-académicas. Todo ello contribuye a la explicación del tipo de contenido publicado, es decir, la ausencia de proposiciones operacionalizables o “prácticas” en estos canales de difusión que suelen limitarse a la descripción e interpretación de ciertos hechos, llegando a veces a intentos de explicación; esta visión no es alterada por el alto índice de enunciados denunciatorios, no pocas veces expresado con connotación afectiva, ya que normalmente no se llega a la formulación de proyectos concretos.

En lo que al público lector se refiere (en sus diversos niveles), se tiene que éste suele ser la terminal poco diferenciada de un proceso de difusión en el sentido más genuino de la palabra: se le “riega” (si se deja) con literatura antropológica casual y ocasional de diversos tipos, pero no se establece comunicación, no se genera discusión y pocas veces se sabe bien para quién se escribe. Así, además, es presentada una visión bastante fragmentada de la totalidad social, hecho que no puede remediarse por la reproducción repetitiva de los llamados “rollos” de referencia.

Finalmente, hay que destacar otro proceso unidireccional inherente que se manifiesta en la mayor parte de los estudios empíricos publicados en estos medios: los grupos sociales que son el objeto del estudio antropológico casi nunca son los destinatarios de la información y de las conclusiones que sobre ellos se difunden. Desde luego, la

procedencia y ubicación social de la mayoría de los antropólogos mexicanos, la dinámica de la movilidad vertical que proporciona el sistema a cambio de determinado tipo de conducta "mesurada" (realidad cuya crudeza es disfrazada exitosamente por la organización académica y profesionalizada del saber), las diferencias culturales-cognoscitivas entre los investigadores y "sus informantes" son elementos que *impiden eficazmente la conformación de estructuras dialógicas* en la generación del conocimiento científico (no solamente en su difusión). Pero también el mismo proceso de formación de los antropólogos profesionales contribuye a ello —y esto empieza con la mínima reflexión epistemológica sistemática en la carrera, el reducido entrenamiento formal (desde el cuidado de la redacción hasta el manejo de elementos básicos de sicología social) y el ejercicio puramente abstracto de la crítica que solamente en el nivel verbal se ostenta como radical. El elemento clave es aquí la integración y concepción de las prácticas de campo escolares en la carrera: o bien se les da —por las razones que sean— poca importancia de hecho (en cuanto a obligatoriedad, extensión, cuidado en las diversas etapas de su realización) o resultan en un entrenamiento destinado a reproducir la investigación de tipo académico pura. De cualquier modo, la generación de información y de conclusiones opera de tal manera que el campesino, el indígena, el paracaidista, son elementos intermedios entre el planteamiento del problema y la elaboración escrita de las conclusiones; la dirección de todo el proceso y la realización de las dos últimas fases mencionadas corresponden, en forma exclusiva, al antropólogo, aunque pueda conceder, a veces y para efectos de ilustración, la palabra —debidamente entrecomillada— a uno que otro informante. Los grupos que se estudian y los

grupos que leen los estudios sobre los grupos estudiados no están directamente relacionados entre sí; el antropólogo funciona como intermediario en este proceso científico —pero su relación con los destinatarios de los resultados de sus investigaciones es bastante oscura, como se acaba de ver y la relación con los "informantes" no lo parece menos.

III. La difusión ocasional hacia el proceso de comunicación: algunas proposiciones

En este apartado se comentan tres puntos de los cuales uno siempre introduce —por su propia dinámica— al siguiente: 1.) ¿Qué podría hacerse para modificar el proceso actual de difusión —en el marco de las condiciones existentes— hacia un proceso más comunicativo? 2.) ¿Qué consecuencia tendría una reflexión más profunda sobre el tipo actualmente predominante de investigación antropológica? 3.) ¿Cómo puede contribuirse a la ampliación y modificación significativa de la comunicación del conocimiento antropológico de nuestra sociedad?¹¹

1.) Primeros casos hacia un proceso comunicativo

Para reorientar el actual proceso de difusión hacia un proceso más comunicativo *sin* modificar sustantivamente sus componentes, ni los órganos de publicación, ni la situación general de la investi-

¹¹ Es obvio que esta problemática no puede considerarse adecuadamente sin tomar en cuenta otros procesos de difusión existentes, elementos de la organización académica general y otros aspectos. De esta manera, el tratamiento que aquí se le da a la problemática es tentativo y preliminar y quiere, ante todo, impulsar la discusión.

gación, habría que considerar, por lo menos, cinco elementos:

a) En primer lugar se hace indispensable una investigación empírica sobre la situación que se acaba de esbozar en el apartado anterior con menos conocimiento que con imaginación: sin ella, cualquier intento de modificación de la situación existente se convertiría en un tanteo infructuoso.¹² Se necesita, pues, una investigación comprehensiva sobre las políticas editoriales reales de los diferentes órganos de difusión, sus lectores, las características de su comercialización y, en dado caso, sobre las estrategias de investigación de sus instituciones patrocinadoras y, en general, sobre las potencialidades de estos medios en su conjunto. El Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales podría y debería patrocinar una investigación de este tipo que es, además, un asunto un tanto delicado.

b) En segundo lugar habría que buscar la comunicación entre los diversos órganos de publicación que más están interesados en publicar trabajos antropológicos, por ejemplo, a través de la organización periódica de reuniones de personal ejecutivo de las revistas y series mencionadas o incluso organizar mesas redondas más amplias en torno a esta temática. Esto podría llevar al reconocimiento de la *falta real* de estrategias explícitas y la necesidad

¹² En este sentido no deja de extrañar que ni la obra colectiva *De eso que llaman antropología mexicana* (Nuestro Tiempo, México 1970) ni los más recientes inventarios sobre el estado de la disciplina (J. Lameiras, "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", en el volumen colectivo *Ciencias Sociales en México: desarrollo y perspectivas*, El Colegio de México, México 1979; R. Arboleyda y L. Vázquez, *En torno a la crisis de la antropología nacional y su superación*, INAH, Cuadernos de los centros regionales, México 1979) no contengan ninguna consideración acerca de este aspecto.

de su planteamiento así como de múltiples posibilidades tanto de intercambiar experiencias como materiales y de unir fuerzas para los diversos procesos técnicos y comerciales.

c) En tercer lugar parece necesario fomentar la discusión "al interior" de las revistas (para las series esto es más difícil). Esto empieza por parte de la revista con la presentación adecuada de los autores y la indicación de su dirección postal, la publicación de ensayos comentados (al estilo de *Current Anthropology*, por ejemplo) el establecimiento de un "foro" para comentarios acerca de artículos publicados en números anteriores y espacios amplios dedicados a la reseña bibliográfica y de eventos científicos.¹³ Para el autor, esto implica la necesidad de contextualizar su colaboración, la investigación que la originó y las conceptualizaciones teóricas utilizadas así como el hacer énfasis en los elementos teóricos y empíricos comparativos. Otro elemento importantísimo es el cuidado no suficientemente recalado (y, sin embargo, tan menospreciado) de la forma, del estilo, del desarrollo pedagógico del argumento. La posibilidad de escribir para un determinado público, finalmente, no depende sólo del conocimiento (aunque sea aproximativo) de éste, sino también de los conocimientos generales arriba indicados sobre la distribución real del órgano de publicación en cuestión.

d) En cuarto lugar parece imprescindible lograr una apertura de todos los órganos de difusión

¹³ Dada la situación actual de la disciplina y del mercado de productos científicos escritos no es de extrañarse que la mayor parte de las "reseñas bibliográficas" se limiten a la presentación de las obras en cuestión, complementándola ocasionalmente con comentarios a menudo meramente casuales. Así se desperdicia otra oportunidad para la discusión de ideas, proposiciones y materiales.

hacia las investigaciones realizadas fuera del ámbito académico. A pesar de las dificultades que ello implica, este intento es inevitable para poder vincular la antropología académica de universidades y centros de investigación con la investigación aplicada realizada en instituciones de la administración pública, fundaciones privadas, etc. y establecer un circuito de retroalimentación entre ambas.¹⁴

e) En quinto lugar, finalmente habría que fomentar todos los elementos que pueden llevar a transformar el carácter tan predominantemente terminal del artículo para hacer de él un instrumento de trabajo, tanto en términos individuales como colectivos. Para ello es importante aumentar la utilización de publicaciones periódicas (artículos, ensayos, reseñas) en clases, conferencias y otras publicaciones. Pero también la elaboración periódica de estudios bibliográficos sobre determinados temas y la realización de mesas redondas sobre la base de ciertos conjuntos de publicaciones con unidad temática o de enfoque parecen constituir mecanismos útiles para establecer una comunicación que es, al mismo tiempo, la condición de posibilidad indispensable para cualquier avance en la discusión paradigmática.¹⁵

¹⁴ Este aspecto tiene especial urgencia por el hecho de que previsiblemente la mayor parte de los actuales estudiantes de antropología están preparándose para un mercado de trabajo no-académico y que, al mismo tiempo, la mayor parte de sus profesores no tiene experiencia práctica en este sentido.

¹⁵ Todo esto remite nuevamente a lo expresado por muchos estudiosos de la historia del conocimiento científico acerca de su característica de *proceso colectivo*. En lo que a las consecuencias para la docencia universitaria se refiere, no puede insistirse suficientemente en la necesidad de hemerotecas (y su uso) para clases e investigación. Véase a

2.) *El siguiente paso: evaluación crítica de las estrategias de investigación en ciencias antropológicas.*

Reflexiones teóricas y modificaciones prácticas en torno a los elementos mencionados tienen que llevar, casi por sí mismas, a una evaluación sumamente crítica de los programas de investigación que se realizan en las diversas instituciones, ante todo en las de tipo académico. Ya que se hace bastante poco realista pensar en que instituciones como entidades adopten estrategias de investigación basadas en el consenso de todos sus integrantes, parece mejor pensar en la formación de grupos de trabajo que inicien la revisión sistemática de los proyectos en que participan de algún modo, la formulación de estrategias tentativas que partan del contexto paradigmático y social, el planteamiento de procesos de investigación y comunicación alternativos y el intercambio de experiencias al respecto entre grupos e instituciones.

El elemento crucial estaría en la reubicación del "informante por interrogar" o "actor por observar" y una participación suya diferente *en todo el proceso* de generación del conocimiento científico, es decir, el establecimiento de un circuito de retroalimentación no sólo entre el antropólogo y el lector (esto fue el tema del apartado anterior) sino también entre antropólogo y su "objeto de estudio". Este último cambiaría su papel de fuente pasiva y paciente de datos —referencia obligada de las introducciones habituales a estudios antropológicos—

este respecto también el comentario de R. Pérez P. en su artículo "La investigación científica: dependencia en movimiento" (*Nexos*, No. 36, diciembre de 1980, pp. 11-12.

por el de colaborador activo y creativo del investigador.¹⁶

Lo imperioso de esta reflexión —aun en el caso de que no llegue a realizarse la consecuencia lógica señalada en el párrafo anterior y ampliada en el apartado siguiente— es demostrada por el hecho de la ausencia de programas claros, explícitos, razonados y estables de investigación en probablemente la mayoría de las instituciones académicas de investigación, así como por el hecho de que prácticamente ninguna institución de docencia en ciencias antropológicas dispone de un documento que explique y justifique los objetivos y la organización de la investigación de campo integrada a la carrera respectiva.

3.) Otro paso más: hacia la creación dialógica del conocimiento antropológico

Sin embargo, la sustitución completa del proceso de difusión unidireccional, etc. por procesos dialógicos va más lejos aún. Puede pensarse, sin poder indicar aquí sus detalles y consecuencias, en un proceso de comunicación tal que se rompa la división existente entre “fuente de datos —investigador— público lector” de tal manera que hablando en términos de un modelo general, los “informantes-actores” y los “lectores” se identifiquen y que la función del antropólogo se transforme hacia la de una especie de “moderador” o “catalizador”. Des-

¹⁶ Parece necesario insistir aquí, nuevamente, en que estas apreciaciones son de un tipo muy general y que no podrán aplicarse de la misma manera a todos los estudios antropológicos. Es decir, se trata aquí del señalamiento de una tendencia necesaria en la reorientación de la investigación antropológica.

de luego, esta sustitución implica, entre muchas otras cosas, una combinación de la “difusión” escrita con la de otros tipos, la especificación precisa de los productos “intermedios” escritos de acuerdo al nivel o sector del “público” respectivo y, ante todo, la implementación de medidas de apoyo para la creación de las condiciones para la introducción de esta literatura a los sectores mayoritarios que quedaban clasificados como analfabetas y analfabetas funcionales.

Una de las maneras como se podría *iniciar tentativamente* una estrategia de este tipo sería, por lo pronto, agregar a los dos tipos de contenidos mencionados en la parte introductoria de este ensayo un tercero, que no está reñido con los otros dos. Se trataría, para quedar en el marco de las formulaciones allí utilizadas, de contribuir a la *sensibilización* de los no-especialistas (desde intelectuales y profesionales de otras disciplinas hasta los integrantes de la gran mayoría que poco o nunca lee) *para la comprensión de la dinámica propia del análisis social*; es decir, hacer comprender la utilidad y necesidad del uso de categorías socioantropológicas en el estudio de la sociedad (en vez de categorías morales o psicológicas, por ejemplo), contribuir a la comprensión de los métodos científicos y los resultados preliminares de las ciencias antropológicas (ante todo de la llamada “ruptura epistemológica”, de la “dialéctica de lo concreto” o como se quisiera decir), contribuir, en último término, a la *reversión del proceso de la división social del conocimiento de la sociedad*.

Esto significa, en concreto, la apertura de un nuevo campo de comunicación escrita y, en algunos casos, el desarrollo de bases ya existentes aunque es obvio que ello debe ser apoyado por otras medidas y medios. Así, por ejemplo, parece que órga-

nos de publicación de cobertura regional¹⁷ podrían ser buenos puntos de partida, especialmente si se considera que los antropólogos suelen vivir durante meses, a veces años, en estas regiones, en interacción constante con sus habitantes y con las posibilidades de estos canales de comunicación a la mano. También las instituciones de docencia deberían considerar esta posibilidad en la organización de las prácticas de campo escolares y proporcionar los elementos necesarios para intentar este tipo de comunicación.

Deben impulsarse y fomentarse, finalmente, todos los intentos de “re-traducción”¹⁸ de material etnográfico (y sus conclusiones) hasta ahora elaborado, entre quienes normalmente han sido sus co-productores obligados, pero casi nunca sus beneficiados y, menos aún, sus lectores. Esto se refiere a los procesos necesarios para “devolver” el conocimiento extraído de tantas comunidades y de tantos grupos sociales a ellos mismos. Como demuestran las pocas experiencias en este sentido que se conocen, éste es un proceso bastante difícil y tardado, pero no solamente sería un acto de justicia elemental sino también un buen campo de experimentación donde el “informante-actor” y el “investigador” podrían aprender la creación conjunta de conocimiento antropológico.

Hay que resaltar, nuevamente, que estos intentos —seguramente habrá otras proposiciones

¹⁷ Es decir, tanto revistas relativamente especializadas con un marcado enfoque regional como publicaciones periódicas con estas características. Véase también la nota 10.

¹⁸ El término contiene una alusión a los párrafos introductorios sobre la tarea del antropólogo como traductor que considera E. R. Leach en su *Political System of Highland Burma*. Beacon, Boston 1965.

también— están destinados a romper no solamente la fragmentación del conocimiento antropológico como resultado sino, también y ante todo, como proceso de creación. Es decir, el problema aquí tocado es primordialmente un problema de tipo epistemológico y no de tipo práctico o de tipo ético.

En estos intentos participarían, claro está, al comienzo sólo determinados grupos de antropólogos y ciertamente habrá no pocos fracasos por la subestimación de la problemática cognoscitiva inherente, el surgimiento de cortocircuitos afectivos, el cansancio por un esfuerzo sostenido y poco ostentable. Nuevamente parece también que, a pesar de todo, estos intentos deberían estar presentes también en la docencia e investigación universitarias y que ciertas instituciones tales como el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales deberían fomentar e impulsar el intercambio de las experiencias respectivas.

IV. A modo de epílogo: ¿Hasta cuando aguantará el papel?

En este ensayo se ha tratado de esbozar una visión global del estado actual de la difusión escrita del conocimiento antropológico en México, centrándose en las diversas publicaciones de tipo periódico y se ha tratado de demostrar que esta situación es, por una parte, producto de una situación más amplia en la antropología mexicana y, por otra parte, que es una situación “incompleta” en el sentido de que tiene muchas posibilidades de evolución. Finalmente se ha tratado de esbozar algunas proposiciones que pueden servir, al igual que el breve diagnóstico, como base para la discusión y experimentación.

En términos esquemáticos, las situaciones descritas son las siguientes:

Situación actual:

INFORMANTE-ACTOR → ANTROPOLOGO → LECTOR

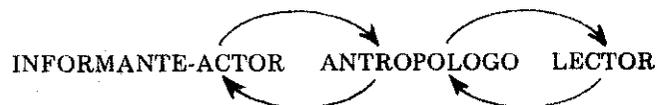
- informante-actor como objeto de estudio
- antropólogo como intermediario
- separación total entre estudiado y lector
- proceso unidireccional sin retroalimentación
- difusión difusa

Situación alternativa 1:



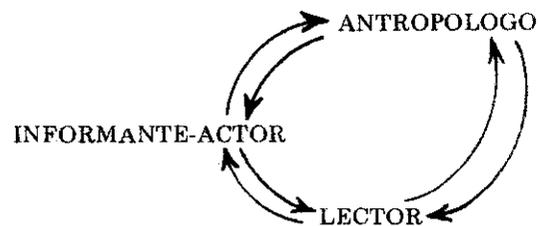
- informante-actor como objeto de estudio
- antropólogo como intermediario
- separación total entre estudiado y lector
- proceso unidireccional en la primera fase; proceso con retroalimentación en la segunda fase
- difusión menos difusa, más específica

Situación alternativa 2:



- informante-actor interviene activamente en estudio
- antropólogo como intermediario, incipientemente como catalizador
- separación total entre estudiado y lector
- dos circuitos de retroalimentación, separados y centrados en el antropólogo
- difusión menos difusa, más específica

Situación alternativa 3:



- informante-actor interviene activamente en estudio conoce los resultados finales
- antropólogo como moderador y catalizador
- identificación entre estudiado y lector
- un solo proceso de retroalimentación directa y constante
- "difusión" específica por niveles
- creación colectiva y crítica colectiva del conocimiento

Hay que enfatizar, sin embargo, que la situación actual al respecto no se presenta simplemente incompleta y llena de potencialidades, sino francamente insatisfactoria —en parte también por la poca conciencia que de ella existe. Lo más inquietante —aparte de muchas otras cosas molestas— es el hecho de que al reproducir un modelo académico de conocimiento científico, los mejores esfuerzos de los antropólogos contribuyen al reforzamiento de la división social del conocimiento en y de nuestra sociedad. Y esto significa contribuir a la separación de la mayor parte de nuestros ciudadanos del conocimiento científico de la sociedad.¹⁹

La idea de que lo que es bueno para el currículum del investigador será bueno también, de una manera u otra, para los investigadores es una ideología, pero al parecer, frecuente. Su problema mayor, sin embargo, no reside en los juicios éticos que sobre su base podrían formularse acerca de los antropólogos, sino en el hecho de que significa el sostenimiento de posiciones cognoscitivas sumamente cuestionables. La tendencia correcta, en cambio,

¹⁹ Véanse para este punto también las consideraciones expuestas por E. Krotz, "El caminar del antropólogo", *Comunidad* No. 61 (Agosto de 1977), p. 366.

consiste en un proceso de educación antropológica popular en la que el "modelo digestivo" de la educación, tan presente en el proceso actual de difusión del conocimiento antropológico, dé lugar a un proceso de conocimiento dialógico.²⁰

"El papel aguanta todo", dice el dicho y seguramente aguantará, por muchos años más ser vehículo exclusivo de promoción individual o de luchas ideológico-políticas entre facciones de antropólogos, estación terminal de investigaciones aisladas o medio para la propagación difusa de conocimientos fragmentados. El cambio, sin embargo, no sólo hacia un conocimiento científico más coherente de los diversos problemas de la estructura social global sino también a un conocimiento más colectivo con la participación de sectores sustancialmente mayores de la población nacional es urgido tanto por principios cognoscitivos fundamentales como por la situación social que vivimos. 

²⁰ Recuérdense, para estas conceptualizaciones, las obras y los intentos prácticos iniciados por P. Freire (véase, por ejemplo, su *Acción cultural para la libertad*, Tierra Nueva, Buenos Aires 1975, pp. 20 y sigs. para la discusión del punto de vista "nutricionista" del conocimiento).